

jo, muy pensativo. Me saludó, me preguntó qué hacía; se lo expliqué, le ofrecí pan, y más de una hora charlamos. No crea usted, es ilustrado; ha leído cosas... que parece mentira. ¡Allí salió Proudhon y el príncipe Kropotkine, y una obra de Bebel, y hasta el Evangelio... porque él asegura que el Evangelio es comunismo puro, de lo refinado! Yo le enteré de mis ideas y él me contó sus penas, el abandono en que D. Baltasar dejó á su madre, cómo aprendió un oficio para ayudarla, cómo no le gusta emborracharse ni ir á bailes de candil. Nos hablamos con confianza, lo mismo que si toda la vida nos conociésemos, á pesar de que no le había visto jamás. Me fué simpático—. ¿Por qué pone usted ese gesto?—A él le caí tan en gracia, que desde entonces se mete en los portales para verme pasar. Otra le miraría con ceño ó le echaría una ojeadita de soslayo: yo le miro cara á cara, pero él no entiende lo que significa mi mirar, y apenas tenga ocasión, le llamaré á capítulo y le cantaré muy claro que se deje de boberías: temo que esas exterioridades me quiten un adarme de la santa libertad ó un céntimo del ideal duro, del plateado sueño. Además me fastidia que no sea mi amigo á secas, porque su conversación me divirtió bastante, y si le da por cantarme endechas, no podremos echar otro pali que comiendo bronna. Créa que ya se lo habrían contado á usted, hombre... ¡Atiza! ¡El French que da la media! ¡La hora del almuerzo! Adiós, adiós, Abadito. Continuaremos la sesión... pasado mañana.

XV

Y salió escapada, como un rehilete, dejándome asaz preocupado y descontento de mí mismo. ¿No había yo entrado allí para rogarla que variase la hora de sus visitas á la librería? Y en vez de tan necesaria advertencia, ¿no me había dejado enredar en conversación y oído cien mil cosas que ni me iban ni me venían, pero tenían la fatal condición de revolverme la bilis? Era indudable que yo había cometido una inadvertencia gorda dejando que se acercase aquella muchacha á mi guarida. Tipo tan original y tan vivaz como Feita no entra impunemente en ninguna parte. Su natural virtud es la de agitar, trastornar y embrollar una existencia, por bien arreglada que la supongamos.

Después de su marcha, sin querer quedé rumiando sus revelaciones. Lo que más me irritaba era descubrir en mí extraña indulgencia hacia las rarezas de la independiente, y propensión á que su carácter y modo de proceder, en vez de indignarme ó serme antipáticos, se me

antojasen defendibles, atractivos, y hasta (Dios me ilumine) grandes y hermosos. En el episodio del encuentro con el obrero me pareció que existían encantadores detalles, y mi fantasía empezó á trabajar activamente, como si la inflamase la reciente lectura de alguna novela. Yo veía el cuadro, el huerto, la piedra, la muchacha mordiendo su tarugo de pan, sentada cerca del arroyo, á la sombra de desmedrado arbolillo, y ante ella, en pie, el tipógrafo, fascinado por su presencia, dando vueltas á la gorra, escogiendo las frases, buscando las que significasen mayor respeto, y dirigiéndose á ella como el innovador al neófito, como se comunican los que alimentan una aspiración que no comprenden las muchedumbres, plétora de ideas que no pueden derramar y que les ahoga, la visión de un mundo nuevo alzándose sobre las ruinas del caduco mundo clásico, otra sociedad, otras costumbres, otra noción del derecho y de la vida... A mi juicio, Feita no podía menos de entenderse divinamente con el *compañero*; las tendencias que los dos representaban enlazábanse con estrecha solidaridad. «¿Le querrá?» — pensaba yo—. «De fijo acaba por quererle... ¿Y si le quiere, qué diantres me importa? Que les haga buen provecho...»

Doña Consola me trajo el aromoso chocolate, y cuando empezaba á despacharlo sin ganas, entró Primo Cova, con el aire reservado y truhanesco de los días en que hay mucho que contar. Acomodóse en la butaca y cruzó las piernas, esperando á que yo le interrogase.

—¿Usted gusta?—le dije—. ¿Mando hacer otra taza?

—¡Quiá! Ya sabe que como á la antigua española, á las dos.

—¿Un puro?

—Tampoco... Mis Susinis, y de ahí no salgo.

—¿Y qué trae hoy?...

—Cosillas, cosillas... ¡Algunas célebres, muy célebres! Las Neiras, en esta temporada, están de beneficio. Hay más historia en esa casa que en diez tomos de Cantú. ¿Usted se ha retraído?

—No voy á la tertulia desde hace un mes... Estuve ocupado... y resfriado.

—¡Bah! A mí no me dé pretextos... Se asustó del paso de Feita y tiene pocas ganas de encontrarse con el papá... Ese sí que anda malucho; las hijas conseguirán muy pronto echarle á la sepultura. Además, creo que esta semana hipotecó otros lugares... y á cada pedazo de tierra que le llevan así, le arrancan el corazón. Ese infeliz es un mártir.

—¡Cuitado!—respondí tristemente—. Preferiría no ser amigo suyo, ni conocerle siquiera. Ahí se prepara el trueno gordo: van á pedir limosna.

—No lo sabe usted bien. Todo anda como Dios quiere en la casa... A Feita la dejan por cosa perdida: la chiquilla tiene más carácter que el papá (poco necesita para eso), y D. Benicio ya se convenció de que no la mete en vereda. Está desvanecido con la esperanza de que Baltasar le pida á Rosa en matrimonio...

—Ello es que Rosa, á Baltasar, bien le gusta.

Hace años que no se le ve tan al retortero de ninguna muchacha. Ya no visita á la *Caracola*... No se le encuentra en aquel callejón...

—¡Ah, eso!... Gustarle, sí... Rosa le chifa... pero...—y el gesto expresivo y cínico del maldiciente completó la idea.

—¿Qué dice usted?—exclamé con mayor sobresalto, con mayor impresión de bochorno de la que yo podía suponer que me causara tal insinuación.

—Lo que usted adivina... y lo que sé... y no porque nadie me lo haya contado.

Al expresarse así, Primo Cova estiraba con el dedo índice, hacia la mejilla, el párpado inferior del ojo izquierdo.

—¿Se acuerda usted—prosiguió—de aquella señita de la bandera de cinta que sorprendimos días hace? Pues la tal seña me puso en guardia. Yo rumiaba entre mí: podrá ser que la bandera sea una monería así... inocente... graciosa... de natillitas... en fin, de enamorados filadélficos; pero... me quedaban dentro las hormigas, un hormiguero que no cesaba de rebullir... Piensa mal... y acertarás de cien veces noventa y nueve y media... Por fin averigué la verdad.

—¿Es usted brujo?

—Valiente falta hace ser brujo... Basta con no ser tonto. El día de la banderita, cuando me separé de usted, me encontré, un cuarto de hora después, á D. Benicio, en el barrio de las Afueras. «¡Tate!»—(calculé)—. «Este viene de bastante lejos... falta de su vivienda desde hará una hora... ¿Si la seña querría decir eso, pre-

cisamente eso, *papá no está en casa!*...? Ya no necesité devanar más hilo. Otra vez que acerté á ver á Neira en la calle, desde lejos (él no me vió), volví atrás, subí las escaleras de Sobrado, y llamé en el piso de Neira, preguntando por D. Benicio. Me respondieron que había salido... y yo, como al descuido:—«Pues bajaré á ver si está D. Baltasar; tengo que hablarle.»—Descendí y llamé...—«¿D. Baltasar?»—«No está.»—«Pues á estas horas acostumbra...»—«Pues hoy le digo que salió.»—«Pues es asunto que me interesa y que urge: le esperaré, porque él vendrá á almorzar infaliblemente.» El criado, aturdido, lo que se dice sin saber á qué santo encomendarse, me zampa en un cuartucho que hay á la parte de atrás de la casa, y me dice que tome asiento.—«Pero este no es el despacho ni el gabinete de tu señorito. ¿Cómo me recibes en este chiribitil? Cuando venga, verás...»—Y el fámulo tartamudea, y me pide excusas...—«Bueno, basta, aquí aguardo...»—Se retira precipitadamente y quedo solo. Entreabro la puerta, me deslizo por el pasillo, y me pongo en acecho, atisbando qué sucede en la antesala. Un recodo del pasillo me oculta y me permite evitar cualquier sorpresa. No han transcurrido cinco minutos, cuando risch, risch... crujir de seda... tiqui, tiqui, tiqui... pasitos furtivos de mujer... ¡La caza!

—¡Jesús!

—Iba tapadita, caído el velo del manto... pero, supóngase usted... Aunque llevase capuchón... ¡Para mascaritas está el tiempo!

—¡Ay Primo!—exclamé con verdadero ahinco y dolor—. ¡Por Dios, por su conciencia de usted... no hable de esto con nadie, con nadie más que conmigo! ¿No conoce usted que sería malísima acción cubrir de deshonor y de vergüenza á ese pobre Neira? Primo, por el alma de su madre de usted, ¡silencio! ¡silencio! Me lo va usted á prometer.

—¡Caramba, y con qué calor lo toma don Mauro!

—Sí por cierto. No he de ocultar que quiero mucho á ese hombre de bien, á ese desgraciado padre, más desgraciado aún de lo que yo mismo creía. ¡Cómo ha de ser! Tenemos nuestras flaquezas. Soy compasivo. Siempre queda un rincón para la sensibilidad. D. Benicio ha llegado á excitar la mía.

—¿Pero es D. Benicio la persona que le interesa á usted en casa de Neira?

—¿Pues quién ha de ser?

—¡Hombre! Donde hay tantas chicas jóvenes, guapas, atractivas cada cual por su estilo...

—*Vade retro*—respondí sonriendo para ocultar la escama y el desagrado—. No tema que le dispute la conquista á D. Baltasar.

—Ahora sí que me pone en cuidado el disimulo que usted gasta—replicó el maldiciente—. Claro que á usted, de importarle una Neira, no le había de importar ni el pavo real de Rosa, ni la pava de Constanza, ni la pájara pinta de Argos; claro que si alguna le trae á mal traer, es la que me traería á mí, si ya no estuviese asegurado de incendios: la simpática, la original

de la casa; la única que no se parece ni á sus hermanas, ni á ninguna muchacha de Marinada ni del mundo!

—Déjese usted de bromas pesadas conmigo, Cova—respondí amoscadísimo—. No tiene usted ningún motivo para suponer que he perdido el juicio. Con Feita no hay que dar matraca á nadie, y menos á mí. Feita pincha y araña. Si no hubiese en el mundo más que hembras así... Por fortuna son la excepción.

—No sea marrullero ni zorro: Feita es una delicia de criatura, y á usted le hace tanta gracia como á mí. Yo al pronto no la entendía, y hasta la creí disparatadora: ahora la entiendo, y digo que vale cuanto pesa, y que los únicos que la desaprueban y la roen los zancajos son los tontos.

—Pues tonto me declaro, porque la desapruebo. ¡Vaya si la desapruebo! Pero no se me escape usted por la tangente. Volvamos á Rosa. ¿Ha comunicado usted el descubrimiento á alguien?

—¡Ingrato! Ya sabe que siempre le guardo las primicias de la murmuración, de ese sabroso pan del alma.

—Entonces... ¿no lo divulgará en la Pecera? ¿Me lo promete? Porque, bien mirado, Primo, ¿no conoce usted que es terrible eso de que por una palabra que se nos escape quede infamada una familia? ¿Qué nos importa á nosotros, después de todo, lo que haga Rosa ni lo que haga nadie? Considere usted que somos hombres honrados, que nos preciamos de caballeros, que te-

nemos el deber de no cavar fosas donde se rompa las piernas una mujer, una señorita. Nada, chitón... y rueda la bola. No meterse en honduras.

—Nos metemos porque somos, usted y yo, y los demás, una entidad que se llama *la opinión*... y la opinión no se compone nunca de los dos ó tres á quienes puede afectar real y verdaderamente la conducta de una mujer, sino de los cien mil á quienes en realidad debería serles indiferente. Representamos lo colectivo, la justicia social. Y usted, que ya tiene retorcido el colmillo, ¿cree buenamente que, si yo me callo, lo de Rosa queda oculto? Secreto entre tres... y éste ya anda entre cuatro, porque el criado lo sabe. ¡Que si lo sabe el galopín!

—Le aseguro á usted—dije, rechazando la bandeja del chocolate, que se quedó casi intacto—que no creí á Rosa capaz de tanta ligereza, ni á Sobrado tan falto de aprensión. ¡Qué tío!

—Rosa no es tan liviana como amiga del lujo....

—¡Ah!—exclamé con mayor y más amarga sorpresa.

—¡Pero usted puede aguantar la risa cuando el papanatas de Neira alaba la maña de la Rosita para adquirir, por diez reales, tres corpiños de raso? Estos días hubo racha de galas. Ha estrenado la chica cuatro pingos nada menos: uno de paño, otro de glasé, otro de no sé qué tela á rayas y un abrigo con pluma y azabache. Pues no anda poco escandalizada la gente por ahí. Muchos ya sospechan. Ella triunfa, luce sus

trajes, se va á *La Ciudad de Londres*... y «mándenme esto» y «envíenme á casa lo otro» sin que jamás se la vea abrir el portamonedas para pagar.

—¡Qué cosa tan horrenda! ¡Pobre D. Benicio!—murmuré espantado.

—Era visto. Sobrado tiene al padre y á la hija cogidos por medio del dinero; al uno le presta á réditos, y va haciéndose poco á poco con sus bienes; á la otra la facilita esos trapos, por los cuales es capaz de echarse de cabeza en la boca del infierno... Baltasar es un gran pillo, un vicioso avaro, lo peor de la clase. Merece que el compañero Sobrado le ponga dinamita en el portal. Dicen que le tiene emplazado y amenazado con la bomba.

Al oír por segunda vez el nombre del compañero Sobrado, sentí un choque raro y desagradable, una especie de malestar violento y repentino, una repulsión. ¡No era ese individuo el que acosaba con anónimos al pobrete de Neira, el que no le dejaba vivir, el que le tenía bajo el peso de una coacción y una violencia constante? Y al experimentar este movimiento, noté que, por primera vez de mi vida, á la impresión moral se unía la imagen física de la persona que la causaba. Vi, con extraordinaria claridad, dibujarse sobre el fondo de mi cuartito amueblado al estilo del Imperio, la figura del *compañero*, mozo, robusto, guapo, moreno, con rizada cabellera, que casi le caía sobre los ojos. En nada recordaba el clásico tipo del socialista puesto en caricatura por las publica-

ciones ilustradas: ni gastaba barba de ruedo, ni tenía ojos zainos, ni fumaba en pipa. Un bigote negro y fino le adornaba el labio superior; su faz, aunque enérgica y sombría, no era fosca ni espantable; y en algunos rasgos, en la forma de la nariz, en el corte de cara, noté cierto parecido con D. Baltasar. El compañero me pareció, en suma, agradable aparición para una muchacha emancipada, que tal vez, á orillas del arroyo, sueña un idilio modernista... y al pensar en este lance de la vida de Feíta, narrado por ella misma con tal sencillez y franqueza, advertí una gran pesadumbre, un escorzo intenso, y juzgué que se me llevaban tres docenas de diablos... «Cepos quedos, amigo Mauro»,—pensé:—«cuídate, que se me figura que has contraído algún mal. ¡Mis presagios, mis presagios! ¡La serpiente!»



XVI

Sospecho que antes de llegar aquí habrá dicho cien veces el prudente lector: vamos á cuentas, señor *memorista*; ¿lo que nos relata usted, son sus memorias, sus verdaderos recuerdos íntimos, ó los de la apreciable familia Neira? ¿Hemos de tomarnos interés por usted, ó más bien por Argos, Rosa, Feíta y demás retoños de ese padre de familia angustiado y maltrecho? ¿Es usted un solterón acorazado en su benéfica *flaucia*, defendido por el amor de sí mismo de las asechanzas y emboscadas femeniles, ó es usted un nene fascinado y traído al retortero, desde los primeros instantes, por cualquier falda que en su camino se atraviesa?

Lector que así hablas, reflexiona, reflexiona antes de acusarme de deserción de mis banderas. Empieza por considerar que si mis memorias se redujesen á contarte cómo me levanto, almuerzo, paseo, me cuido, leo y duermo..., no valdría la pena de haberlas escrito. Yo po-

dría vivir muy dichoso en mi rincón con el alma atrofiada, sin deseo de cosa alguna; ¿pero qué te importaría á ti mi vida de marmolillo? Donde no hay lucha no hay drama, y donde no hay drama no hay emoción. Diríase que nuestra propia existencia, si se considera aislada y disgregada de las demás, carece de sentido, y sólo lo adquiere al relacionarse con otras, al producirse ese oleaje y ese hervidero de sentimientos que determina el contacto con seres humanos. Mi propósito de evitar el gran error matrimonial no me ha convertido en piedra; mis sentidos, mis potencias, no han dejado de funcionar á causa de mi soltería; y porque un sacerdote no haya extendido la mano para bendecir mi unión, y porque yo huya de tal contingencia, no estoy libre de sustos y de fatigillas emocionales...

Además, también rige para mí la ley que ordena que, por lo general, nuestro destino sea una ironía, y mientras pretendemos ir hacia el Norte, se nos ponga sobre los ojos una venda y en los pies sintamos moción irresistible hacia el Sur. Si alguien me hubiese preguntado dos meses antes qué mujer en el mundo era para mí, no más indiferente, sino más imposible, yo respondería sin vacilar—Feíta Neira—. Sus condiciones físicas y su modo de ser moral, su rostro y su genio, sus lecturas y sus botas, todo me parecía lo contrario de lo que á mí me puede atraer, de lo que para mí constituye un peligro. Y de pronto, sin causa que explique el cambio, sin que precedan á este descubrimiento indi-

cios ó síntomas que lo hagan presentir, me encuentro casi prendado y casi celoso, poseído de una inclinación más para comentada entre cuchufletas, que para combatida con las armas de la reflexión y del buen sentido.

Hay enfermedades que se incuban lentamente, sin que el enfermo advierta ningún malestar, ningún trastorno atendible en sus funciones. Tal vez desórdenes levisimos; acaso una sensación de cansancio, ó una insignificante alteración del pulso; un poco de desgana, unas horas de insomnio... De repente se declara en toda su extensión é importancia el padecimiento, y sólo entonces el enfermo coordina síntomas anteriores y se admira de no haber comprendido que anunciaban gravedad incalculable... Así yo, solo en mi cuarto, con el minino que hacía la carretilla en un ángulo del sofá, daba vueltas, enlazaba antecedentes, y me asombraba de no haber conocido que mi compasión y mi caridad por D. Benicio dimanaban de la atracción anómala de Feíta.

¿De qué, vamos á ver, de qué me había yo prendado? O muy mal me conozco, ó el origen de mi perturbación no estaba en los sentidos. Ni Feíta era una beldad, ni menos poseía esa ciencia del tocado y del adorno, de la palabra y del gesto, del mirar y del reir, en que funda su avasallador dominio la mujer. Feíta no conspiraba contra el reposo de nadie. Aun en los momentos en que me sentía, como se dice en el lenguaje de la esgrima, *tocado*, no advertí alboroto sensual, ni llegué á ver en Feíta una

imagen tentadora de las que causan fiebre: el rebelde fango corporal no se sublevaba al evocar su recuerdo. Tampoco era el corazón el que se me había subido á la cabeza, no, señores: si Neira me inspiraba conmiseración, en cambio su hija alejaba toda idea protectora, de esas que suele infundir la debilidad del sexo: hasta creo que me exasperaba por su fortaleza. Feita era impropetible, y cuando las gentes ni necesitan ni quieren nuestro apoyo, cuando comprendemos que al ofrecérselo nos pagarían con una rabotada ó una burla, se nos quitan las ganas de meternos á caballeros andantes, amparadores de viudas y huérfanas. Feita era un ser vigoroso, armado para la vida, sin sentimentalismos, sin temores pueriles de ninguna especie, y yo aparecería soberanamente ridículo si quisiese representar con ella el papel que Oliverio de Jalin, en el *Demi-monde*, representa con la interesante Marcela, doncella desvalida y expuesta á las insidias de la seducción y á las asechanzas de la venalidad. Yo no podía negar que á Feita la sostenían su carácter, sus estudios, el mismo triste cuadro de su familia, tan lleno de enseñanzas, y un no sé qué varonil y resuelto que había en su conducta y que disipaba toda niebla y desarmaba toda malignidad, cercando á aquella mujer tan joven con el baluarte que la experiencia y la edad elevan en torno de las matronas ya seguras de sí mismas.

Hube de convenir en que si Feita se había apoderado de mí, era por el camino de la imaginación.—¿Les parece á ustedes poco?

Mi fantasía, mi pensamiento, estaban desde tiempo atrás ocupados—ahora lo veía claro—por aquella chiquilla estrambótica. La curiosidad moral, mi único vicio, raíz de la mayor parte de los caprichos amorosos inexplicables, me había conducido á casa de Neira, por afán de ver de cerca al fenómeno, á la sabidilla, á la independiente. La antipatía que al pronto creí sentir hacia ella, no era sino la atracción del abismo, la negra magia de lo desconocido, contra la cual parecemos indignarnos, mientras nuestro espíritu en secreto la sueña y la busca, obedeciendo al impulso que lleva al hombre al progreso, aunque parezca repugnarlo. Es cierto que yo vivía prevenido contra la mujer; pero ¿en qué se parecían á Feita las demás?

Feita era la mujer nueva, el albor de una sociedad distinta de la que hoy existe. Sobre el fondo burgués de la vida marinedina, destacábase con relieve singular el tipo de la muchacha que pensaba en libros cuando las demás pensaban en adornos; que salía sin más compañía que su dignidad, cuando las demás, hasta para bajar á comprar tres cuartos de hilo necesitaban rodrigón ó dueña; que ganaba dinero con su honrado trabajo, cuando las otras sólo añadían al presupuesto de la familia una boca comilona y un cuerpo que pide vestimenta; que no se turbaba al hablar á solas con un hombre, mientras las restantes no podían acogerlos sino con bandera de combate desplegada... En suma, todo lo que al principio me pareció

en Feita reprochable y hasta risible y cómico, dió en figurárseme alto y sublime, merecedor de admiración y aplauso. En mi inteligencia surgieron, á manera de flores finas y blancas que creciesen en un solo tallo, el respeto y la estimación hacia Feita. Mas estos sentimientos, por lo general fríos, y hasta contrarios al engrandecimiento amoroso, en mí se revelaban turbulentos, ardientes, apasionados. Analizando sutilmente el origen de ellos, encuentro que yo no estimaba ni respetaba tranquilamente á Feita, porque mi estimación y mi respeto no armonizaban con el sentir de las gentes. Cuando nos inclinamos reverenciosos ante una honesta viuda, ante una tímida virgen, ante una esposa ejemplar, el saludo que les hacemos es *representativo*: nuestro homenaje cifra y resume el homenaje de la masa, la opinión unánime de la sociedad y del mundo. Esto no podía aplicarse á Feita. Por mi desgracia, yo creía ser la única persona que en Marineda, en aquel instante, tasaba á Feita en su justo valor; de suerte que, al estimarla, me ponía en pugna con todos y contra todos, sin el menor escrúpulo ni recelo, desplegando esa hostilidad agresiva, ese espíritu belicoso que despierta en nosotros la contradicción universal. Si bien en Marineda no destrozaban la honra de Feita, no por eso se la juzgaba favorablemente. Ya dije que auguraban muy mal de su porvenir, y vaticinaban que por las peligrosas sendas que recorría iba á despeñarse. Actualmente su conducta se calificaba, si no de liviana y criminal, por lo me-

nos de chocante é inconveniente, y se hablaba harto de la vergüenza que sufrían su padre y hermanas mirando convertida en maestra, en «dómina» á toda una señorita de Neira, con su correspondiente aguilucho en el blasón. Y en efecto, según el criterio de las gentes, las bodas desiguales, los devaneos, los enredos y las trampas no rebajaban tanto la categoría social de la familia de Neira, como el hecho de ver á Feita, cartapacio al brazo, subiendo las escaleras de sus discípulos y cobrando su modesto salario.

En tales circunstancias, mi respeto y estimación á Feita eran un sentimiento batallador, que me ponía en pugna con la ciudad entera, sin más excepción que Primo Cova, desde los primeros instantes abogado y padrino de Feita. ¡Qué extraños somos! En mis diálogos con el maldiciente no me daba á mí la gana de declarar que Feita tenía razón contra todos. Siempre que se suscitaba esta conversación con Primo Cova, recuerdo haberle llevado la contraria, y al llevársela era sincero; imaginaba que me salía de dentro reprobar la conducta de Feita. Sin embargo, mentía: era mi *yo* verbal y superficial el que condenaba á la innovadora, mientras mi *yo* esencial y profundo, desde lo más secreto de la conciencia, abrazaba sus teorías, la aclamaba, la colocaba en un trono.

¿Al través de qué lente pude analizar la índole de los sentimientos que me inspiraba Feita? Me reveló su naturaleza algo que, según uno de mis favoritos autores, es tan viejo como el

mundo, y nació probablemente al punto y hora en que Adán vió á Eva inclinar su frente velada por luengos cabellos, y prestar la orejita cuca al silbo de la serpiente.—¡Los celos!

Muchas veces—apelo á tu experiencia, oh lector, y no te hago la ofensa de creer que no atoraras ninguna—ignoraríamos que estamos enamorados si no estuviésemos celosos. Esa herida ardiente y enconada que no afecta á una parte de nuestro organismo, sino que lo abarca todo como una quemadura extensa y profunda á la vez; que coge el amor propio — la superficialidad y la ternura—, esa herida, digo, nos revela el alcance de nuestra sensibilidad, descubriendo la verdadera posición de nuestra alma. Mientras creí que nadie pensaba en Feíta sino para reirse de sus extravagancias, no imaginé que podía sentir por la chiquilla más que un afecto de índole amistosa. Desde que supe que alguien había visto en ella el ideal, conocí que también en mi interior latía ese mismo sueño, y comprendí que estaba bajo el imperio del tirano del orbe. Lo comprendí con un terror tanto más grande y natural, cuanto que aquello no podía parecerse á las escaramuzas á que estaba yo habituado; al simulacro y al juego — que juego y todo me había arañado dolorosamente, á poco que me descuidase, la epidermis del corazón—. Feíta no tenía nada de común con la larga serie de mis idílicas novias, todas coquetillas, tiernas, pasivas y asiduas al amor, y muy preocupadas de santificarlo por medio de las

bendiciones. Yo adivinaba que si Feíta me quisiese, si Feíta llegase á compartir mi estado psíquico, lo que pudiese haber entre nosotros —llámese amorio, llámese noviazgo, llámese... otra cosa peor... ó mejor... como quieran ustedes calificarla, según la severidad de sus principios ó el humor de moralista que gasten ustedes en este momento—se diferenciaría enteramente de lo que yo archivaba en el armario de mis recuerdos y en el ligero cofrecillo azul de mis esperanzas... A Feíta no la podía prever; no podía imaginar la expresión de su rostro cuando mirase rendida, ni cómo arrebolaría la emoción amorosa aquellas mejillas descoloridas por la lectura, ni qué flúido derramaría el cariño en aquellos serenos ojos de Minerva, ni cómo latiría al agitarse de amante zozobra y felicidad aquel seno de líneas apenas perceptibles bajo el paño rudo de su masculino chaquetón. ¡Peligrosísimas suposiciones, y con qué prisa me consagré á apartaros de mí! Erais las primeras gotas de un veneno mortal, y volví la cabeza rechazando vuestra copa que me convidaba. «Hagásmole—resolví—la cruz á Feíta... Ni verla, ni oirla, ni entenderla... ¡Ah! ¡Cuánta verdad dijo el que dijo que donde menos se piensa salta la liebre! Todavía creo y espero que este arrebató ha de ser un calenturón de la fantasía, y que en realidad Feíta no me ha apresado; y mientras puedo resistir y mandar en mis acciones ¡distancia, pared de hielo, y si es menester, derivados, remedios heroicos... A cualquier precio la salud!»